



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11331

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 12 DE AGOSTO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

VUELTA A LO MISMO

Apagados los rumores de la última fiesta, vuelven á atronarnos los oídos los ayes dolorosos que exhala el país.

El ministro de Hacienda predica el sacrificio y quiere convencernos de que debemos inmolarnos; pero no lo logra, al contrario, los comerciantes y los industriales pretenden á su vez convencer al ministro de que los sacrificados deben ser: los gastos á fin de que no haya que forzar los ingresos.

La cuestión económica sigue pues planteada en los mismos términos en que estaba hace un mes, sin que á pesar del tiempo transcurrido se haya dado un paso hacia su solución; bien es verdad que la gente política se divierte en las playas de moda y los mismos ministros han ido á refrescarse huyendo del calor.

Y vendrá Octubre y estaremos lo mismo; comenzará entonces el regateo de los gastos y la crítica sin soluciones y se seguirá gastando el tiempo, atendiendo, antes que á salvar al país, á defender el mando ó hacer la oposición.

«Debemos regenerarnos», se oye decir por todas partes y todos convenimos en ello; pero nadie nos regenera ni nos prestamos á la regeneración.

¿Y qué tiene de extraño esa conducta? Si nos falta la fé, es natural que nos invada el egoísmo; después de todo nos habra contaminado lo que nos rodea, porque no hay entre los que pretenden redimirnos quien hable en beneficio de la patria sino de su interés particular.

Esto en cuanto á la cuestión económica y á la política; porque hay otras cuestiones que son más pavorosas y pueden producirnos mayor daño

No hablemos del separatismo

catalán ni del separatismo vasco, ni del regionalismo blear que es al presente separatismo disfrazado, ni de otros regionalismos que se van poniendo de moda, como si fuera de buen gusto volver la espalda á España en cuyo nombre azuzábamos al ejército contra los mambises y los filipinos desde la mesa del café ó desde el rincón del hogar. Eso constituye una vergüenza mucho más grande que la de haber sido vencidos en lucha desigual por una nación que nos triplicaba en población, y nos decuplicaba en riqueza y hay que hablar poco de ello siquiera por pudor, porque el mundo exterior nos escucha y se entera.

La cuestión social sigue en pie, sin solución próxima, que no la tiene ni puede tenerla en estos tiempos en que todos piden economías y hay que hacerlas arrojando á la gente al arroyo para que se muera de hambre.

Bien vengas mal si vienes solo, dice el refrán. Y eso le ha ocurrido á la infeliz España: el mal la ha visitado; pero ha traído tras sí tantas desdichas que no hay daño que no la acometa.

Hasta ha surgido un problema religioso que amenaza convertirse en guerra civil.

Y eso es lo único que nos faltaba para perdernos por completo.

Si es verdad que hay quien espía el momento de arrojarse sobre nosotros para despojarnos de lo poco que nos queda ¿con qué fruición mirará esta situación insostenible en que hemos colocado la patria!

TIJERETAZOS

Hablando de la velada marítima dice un corresponsal:

«Desde las primeras horas de la noche, acudía numerosa multitud de gente al muelle de Alfonso XII.»

¡Numerosa multitud! Permitame que me asombre. Pero si eso es... vamos, hombre, una enorme multitud.

Dice un telegrama: «Siguen los intensos calores y no hay más noticias.»

¿No? Pues ni son frescas ni tienen novedad.

Sin duda el expeditor del telegrama nos considera atribulados por no saber la causa á que obedece el copioso sudor que nos abruma.

Lo sabemos, colega, lo sabía nos.

Esto no obsta, no señor, para que le agradezcamos que nos diga que sudamos porque hace mucho calor.

El Sr. Silveira no niega la posibilidad de que haya crisis.

Hago bien, porque el diablo las carga. Y donde menos se piensa sobra un Villaverde.

La huelga de Bilbao plea en historia. Por la mañana se arregla y van al trabajo los trabajadores.

Pero á la tarde no hay nada de lo dicho y no se trabaja.

En tanto el gobernador de la provincia no deja de enviar datos á Dato, que debe estar mareado con tanto «sí» «no» y «qué sé yo.»

Porque á eso y no más se reduce la información de su subordinado.

Hombre, nueva usted los dedos y dé á luz otra capción, porque resulta latosa esa información.

RECONQUISTA DE LA RIQUEZA NACIONAL

La importancia de la riqueza nacional en todo tiempo, y más que nunca durante el presente siglo, es de tal naturaleza, que es la distintiva del mismo; pues toda la política de los grandes estados está fundada en la conservación, desarrollo y preponderancia mercantil. Merced á tan perseverante propósito de la nueva política, al que todo sacrifican-

lo pueblos y gobiernos, vemos desarrollarse la agricultura y la industria, recibiendo como natural consecuencia el engrandecimiento y riqueza de las naciones, reponiéndose de pérdidas y catástrofes anteriormente sufridas, mediante la perseverancia en el trabajo y la ayuda de los poderes en la persecución de su empeño.

Este es el camino que nuestra desgraciada patria debe seguir para llegar á la altura que merece, restañar sus heridas, reponer sus pérdidas, aumentar sus riquezas y reconquistar la consideración, respeto é importancia que por su historia y situación en Europa tiene derecho á obtener.

La mejor y mayor parte de nuestra riqueza, en sus diferentes manifestaciones, agrícola, minera, comercial, industrial etc, está en manos extranjeras; tanto sus direcciones como la mayoría de sus servidores son extraños á la patria, careciendo por tanto de todo interés que no sea el propio beneficio logrado en la explotación.

Entre tanto nuestros grandes capitales, en su inmensa mayoría, no se dan cuenta de las consecuencias y complicaciones que mañana podrán sobrevenir para sus propias fortunas, con su indiferente abandono y alejamiento de lo que constituye la riqueza nacional.

Con motivo de los presuertos, las fuerzas vivas de la nación, unidas en una misma aspiración, han manifestado preocuparse de la triste situación á que nos conduce, y han podido ver que son una gran fuerza y que se imponen.

Trazado pues está el camino si perseveran en solicitar unidos y reclamar el apoyo que tienen derecho á exigir de todos los gobiernos, sean de la clase que quieran, para que facilitándoles menores trabas en el expediente, sean las formalidades más sencillas y expeditas en las tramitaciones de la vida mercantil y mayor la unificación en los diversos impuestos que sobre ellas pesan, tanto del Estado como de los municipios. Solicitan al propio tiempo que la acción gubernamental se dirija á protegerles, exigiendo la baja y unificación de las tarifas de los ferro-carriles, la exactitud y cumplimiento de estos en los transportes, la limpia y mejora de puertos, el estudio y construcción de canales y pantanos, repoblación de arbolado y nuevas vías económicas, que

reparen y rectifiquen los costosos y en gran parte perjudiciales ó inútiles para la vida comercial de nuestras vías férreas generales.

Pero no se crea que con esto está hecho todo, no; el capital, la actividad y el trabajo tiene á su vez que cumplir una misión constante, para rescatar las riquezas de aquellas manos extranjeras que las explotan, para desarrollar la explotación de las inmensas que permanecen atascadas y dormidas, como los granos de trigo de las tumbas faraónicas, para estudiar los medios y métodos de aplicación de los mejores procedimientos, llamando á la juventud en su ayuda, ilustrándola y facilitándole empleo en la grande y soberana empresa de asegurar su fortuna y el porvenir de la patria.

Hay más. Es preciso constituir grandes empresas de explotación, llamando al capital improductivo y dirigiéndolo por hombres sabios y honrados, para demostrar con los beneficios la utilidad de este empleo. Aumentar el desarrollo de nuestro comercio exterior, que va disminuyendo, y arrebatar de las manos extrañas la exportación é importación que han de hacerse por nosotros, para lo cual bastará el aumento de nuestra marina de vapor que abaratando los fletes y abriendo nuevos mercados, trágala unas á nuestras manos.

La labor es esta incesante, en la que deben marchar unidas las fuerzas vivas del país y su gobierno; y palancas poderosas que han de facilitar su empeño: el uso del crédito y la asociación bien dirigidos.

Una prueba de nuestro abandono, falta de crédito y olvido de nuestra riqueza industrial, por ejemplo, es que existiendo en España numerosos valores industriales, el primer mercado, Madrid, no señala en su cotización oficial transacción alguna de los muchos que estampa, y solo en Barcelona y Bilbao se cotizan únicamente los locales.

Hay que atraer los capitales á este movimiento del trabajo, interesándoles en el desarrollo de la riqueza nacional, si verdaderamente se quiere regenerarlos. Para ello, hace falta constancia, unidad de pensamiento, honradez, asociación y trabajo. Si falta alguno de estos factores no llegaremos nunca.

Pablo Fernández Barrios. Madrid 8 Agosto 99.

sa es una blanca limpia, trasparente, no la blanca mate de la princesa: los ojos de doña Esperanza son azul de cielo; los de la princesa pardos: decididamente, señor, no es hija de Bizarro, y puede ser que tampoco lo sea de la princesa.

—¿Creeis eso, Orri? dijo el rey.

—Recordad, señor, que la princesa ha venido con esa señora.

—Pero consta que esa señora se ha educado en el convento de Trinitarias de Madrid como hija del gitano Bizarro.

—Sin embargo, se la ha educado como á la hija de un grande; como podía haberse educado á la hija natural de un rey.

—¡De un rey! ¡de un rey!... pero ya tenemos la seguridad de que ese rey no ha podido ser el rey don Carlos II.

—¿Y qué no hay mas reyes? ¿no ha habido mas reyes que el señor rey don Carlos II? Consta que hace diez y ocho años, edad que puede atribuirse á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, estuvo la princesa de los Ursinos en París, y tuvo algunas entrevistas con su majestad el rey de Francia, mi señor.

—¿Cómo? ¿cómo? dijo vivamente Felipe V: pues

qué, ¿hay algún fundamento para creer que esa señora sea una tía mía bastarda?

—Dios me libre de asegurar eso, señor, dijo Orri; pero se murmura.

—¿Y qué se murmura? dijo Felipe V.

—¿Pues qué vuestra majestad no ha llegado á entender una grave murmuración?

—Las murmuraciones graves nunca llegan á oídos de los reyes; pero decidme, en fin, lo que se murmura, Orri.

—En buen hora, señor; pero me apresuro á manifestar que yo no tomo sobre mí la responsabilidad de esa murmuración.

—¿Pero qué es, qué es lo que se murmura?

—Se murmura, que tanto la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, como la señora que pasa por su hermana bajo el nombre de doña María de Ayala, son hijas bastardas de su majestad el gran Luis XIV.

—¿Cómo?

—Eso se dice, y eso se cree.

—Y bien: ¿quién se dice sean las madres ó la madre de esas señoras?

—Dícese, que la madre de doña María lo ha sido la señorita de Lavalliers, y que la de la marquesa, lo es la princesa de los Ursinos.]

do, dijo seriamente Orri; que el rey, mi señor, me ha enviado junto á vuestra majestad para que le sirva lealmente, y yo no me olvido de lo que debo al señor rey de Francia, mi augusto amo, ni á vuestra majestad, ni á mi mismo; todo consiste en que soy prudente; en que no sé á qué atenerme porque no veo claro, y aconsejo lealmente á vuestra majestad cierta reserva, cierta prudencia.

—¿Y qué, qué es lo que creéis que debe hacerse?

—Como pueden cruzarse en estos misterios grandes intereses de su majestad el rey de Francia, creo prudente que vuestra majestad se procure aclaraciones.

—¿Y cómo, señor, y cómo? exclamó Felipe V: ¿creeis que puedo yo escribir al rey de Francia, y preguntarle directamente si son hijas suyas esas dos señoras?

—¡Ah! no; de ninguna manera; pero vuestra majestad tiene en mí un buen servidor.

—¿Cómo? ¿y vos podéis?...

—Puedo utilizar á un tal Chevallier, ayuda de cámara del rey de Francia, mi señor, que según parece priva mucho con su majestad.

—¿Y creéis que yo entre tanto debo mantenerme en la mayor reserva?

—Eso es, señor, eso es; y no dar motivos á la prin-